

¿Sueña Google con ovejas conectadas? Las voces de las miríadas silenciosas en *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017) de Belén Gopegui

Does Google Dream of Connected Sheeps? The Voices of the Noiseless Myriads in *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017) by Belén Gopegui

Simone Cattaneo

Università degli Studi di Milano
simone.cattaneo@unimi.it

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-8890-3076>

RESUMEN

El objetivo del presente artículo es mostrar a través de la novela *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017), de Belén Gopegui, algunas imbricaciones entre literatura y compromiso político-social en el contexto hipertecnológico contemporáneo, ya que en ella la autora centra su atención en Google como epitome de nuestra sociedad. Para resaltar sus críticas y propuestas, se hará dialogar el texto con diferentes ensayos elaborados en el ámbito de los estudios culturales sobre dicha empresa. Se pondrán así de manifiesto cuáles son los aspectos en que Gopegui, aprovechando las vivencias de un joven universitario y de una sexagenaria enferma, insiste para realizar su denuncia y brindar alternativas disidentes. En efecto, si por un lado desvela las conexiones con el capital de Google y sus consecuencias en los ciudadanos de a pie, por el otro, sugiere formas de resistencia contra un «sentido común» cada vez más determinado por los algoritmos.

Palabras clave: Google; Belén Gopegui; capitalismo tecnológico; solidaridad.

ABSTRACT

The aim of this article is to show, using Belén Gopegui's novel *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017), some links between literature and socio-political engagement in our hyper-technological environment, since in it the author focuses her attention on Google as the epitome of contemporary society. In order to highlight her criticisms and proposals, the text will be brought into dialogue with different essays on the above-mentioned enterprise. In this way, it will become clear which are the most prominent aspects considered by Gopegui, in narrating the experiences of a university student and an ill sexagenarian, to realize her claim and to provide alternatives. Indeed, if on the one hand she reveals the connections between Google and capitalism and the

consequences that this entails for ordinary citizens, on the other she suggests some strategies that can be used against a “common sense” that nowadays is increasingly determined by algorithms.

Key words: Google; Belén Gopegui; Technological Capitalism; Solidarity.

¿Pero hablarás de literatura política en la era digital?
La llamaré literatura crítica, o descomprometida con el sistema,
o necesitada de dar cuenta de que la libertad no se tiene, sino que se conquista.
¿Por qué no política?
Porque con la desaparición de los grandes relatos,
lo que en verdad desapareció fue un relato, el de la posibilidad
de la revolución, que es bien distinto al relato de la revolución imaginaria.
(Gopegui 2019b, 308)

Belén Gopegui (Madrid, 1963) pertenece a ese grupo —o quizás, como veremos, sería mejor emplear el término «colectivo»— de creadoras y creadores que no solo logran moldear a través de sus historias unos universos ficcionales que dialogan con la realidad, sino que labran, obra tras obra, una visión de largo alcance coherente y alentada por unos objetivos que cada vez se perfilan con mayor claridad. En su caso, es palmaria la voluntad de incidir en el modo de relacionarse con lo que les rodea de sus lectores¹, invitándoles a adoptar una postura activa y de lucha: «Para eso escribo, pretendo construir una posición que nos faculte para mirar nuestro mundo no sólo como algo dado, inamovible, sino también como un proyecto que se realiza a través de cada acto, de cada elección» (Gopegui 2019b, 227). Un punto de inflexión fundamental en su trayectoria —que Valle Detry (2015, 62) resume enfatizando su «evolución desde un tono desencantado y a veces desolador hacia una perspectiva mucho más positiva y combativa»— fue la publicación de *Lo real* (2001)², que marcó un definitivo viraje hacia un evidente compromiso político de cariz revolucionario (Rabanal 2011, 21). Sin embargo, se trata de un proceso gradual que ha venido cuajando, quizás todavía de modo no plenamente consciente, desde por lo menos *Tocarnos la cara* (1995) y *La conquista del aire* (1998) (Valle Detry

¹ De hecho, la misma autora reconoce que para que las palabras se «activen» necesitan la intervención de otras personas: «Porque la literatura está fuera, no significa nada en sí misma sino que el significado se lo dan los otros» (Gopegui 2019b, 231-232).

² Ciplijauskaitė (2005, 127) recuerda que «Ignacio Soldevila ha comentado muy acertadamente la evolución de la narrativa de Gopegui. Obsesionada por cuestiones de justicia y colectividad, después de ensayar varios acercamientos a la realidad para lograr una presentación más penetrante, después de navegar entre la lírica y la pseudo-ensayística, la novela de ideas y la protesta social, en *Lo real* emplea procedimientos nuevos [...]».

2015, 61) para luego estallar sin tapujos en *El lado frío de la almohada* (2004) (81) –que propugnaba una defensa numantina de la revolución cubana como alternativa al capitalismo global–, acabando por convertirse en el núcleo duro de sus reflexiones sobre diferentes formas de resistencia encarnadas por los personajes de *El padre de Blancanieve* (2007), *Deseo de ser punk* (2009), *Acceso no autorizado* (2011), *El comité de la noche* (2014) y *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017).

En efecto, según Valle Detry (2015, 102), uno de los méritos de Gopegui ha sido el de reavivar el debate sobre escritura y política en un panorama intelectual que desde siempre ha oscilado entre unas posturas «puristas», caracterizadas por la autosuficiencia del lenguaje empleado o por una (meta)literatura enroscada sobre sí misma, y otras que reclaman cierta utilidad moral, cognitiva, antropológica o social a la literatura, pero incluso en este último caso, sobre todo a partir de finales de los años ochenta del siglo XX, alejadas de un claro compromiso ideológico –considerado un resabio sartreano– y empeñadas en cambio en una reinención performativa del discurso con visos a tener recaídas en la construcción de la realidad colectiva (Gefen 2021, 187-229). Una teoría que intenta conciliar esos dos polos aparentemente antitéticos es la de Jacques Rancière (2011), para quien el hecho literario ya encierra en sí un acto político al imbuirse y reflejar las corrientes profundas que se agitan en el caldo de cultivo de la sociedad que lo estimula y produce.

La autora madrileña, muy probablemente, compartiría en parte la visión de Rancière³ y también la voluntad de muchos escritores de incidir en la comunidad a la que pertenecen a través de un replanteamiento de los instrumentos narrativos, pero, sin lugar a dudas, no le parecerían suficientemente combativas porque ella persigue «una escritura revolucionaria» (Gopegui 2019b, 58-63) que dé una vuelta de tuerca más al realismo socialista, con su afán de denuncia y transformación (Becerra Mayor 2015, 13), para adaptarlo a la contemporaneidad. Esta toma de posición, cercana a la izquierda radical y que mira con cierta nostalgia reivindicativa tanto a los ideales de Marx (Rabanal 2011, 11) como a la noción de «responsabilidad» evocada por Sartre (Becerra Mayor 2015, 11-12), ha tenido a menudo una recaída negativa sobre la recepción de sus novelas por parte del público y de la crítica (Valle Detry 2015, 57-58), ya que se da por sentado que somete su talento de narradora a la necesidad de demostrar unas tesis o al conseguimiento de unos objetivos fijados *a priori*

³ Gopegui (2019b, 54), de hecho, afirma que «Toda literatura es, se sabe, política», pero lo que más le preocupa es poner el énfasis sobre cómo se intenta rebajar el valor de aquellas novelas declaradamente políticas frente a otras supuestamente no tan politizadas que, sin embargo, justifican y alientan en sus páginas el sistema capitalista en el que se producen y venden (54-57). Se trata de un recelo compartido por David Becerra Mayor (2015, 9-10) y Marta Sanz (2014, 28-31).

(Mora 2011)⁴. Semejante juicio es demasiado simplista y no solo menoscaba el quehacer literario de la autora sino también su pensamiento que, si bien fundamentado en unos firmes principios explícitos, no por eso renuncia a la duda, resultando exigentemente ético, pero no dogmático. A la hora de escribir, compromiso y ambiciones literarias se imbrican, puesto que se retroalimentan⁵, como puede comprobarse a partir de la siguiente afirmación: «En realidad para mí el tema siempre es el mismo: ¿Por qué vivir y para qué hacerlo? ¿Cómo producir sentido en nuestras vidas que no tienen en sí sentido? Mis personajes tratan de encontrar eso» (Hevia, 2017). Son preguntas existenciales universales que desde los orígenes del ser humano han estado a la base del impulso que ha llevado innumerables generaciones de hombres y mujeres a contar historias a los demás porque «los individuos solos no sobreviven ni son narrativos, se narran en la colectividad, actúan en ella o contra ella pero no fuera» (Gopegui 2021, 1). Lo que distingue Gopegui son, pues, sus tentativas de respuesta que adquieren unos tintes políticos al hacer hincapié, como ya se infiere de la cita anterior, en una dimensión colectiva que conlleva forzosamente una responsabilidad hacia los otros: «Lo que hacía una vida no era ningún núcleo de conciencia irreductible sino la red de conexiones entre pensamientos, personas y hechos que esa vida trababa a lo largo de los años» (Gopegui 2019b, 231). No por nada, Rabanal (2011, 5) considera que el concepto clave que subyace a la narrativa gopeguiana es el de «solidaridad», una práctica concreta que está reñida con el extremado individualismo del sistema capitalista⁶, el cual, por ende, se yergue como el gran enemigo al que hay que denunciar y rehusar a través de la escritura y, sobre todo, la acción⁷:

⁴ Un ejemplo de ese posicionamiento, que además atañe precisamente al texto objeto de estudio, es la reseña de Pardo (2017): «*Quédate este día y esta noche conmigo* es una novela, pero también un apólogo [...]. Fiel a esta voluntad, Gopegui sacrifica la flexibilidad narrativa para ajustar la pertinencia moral del discurso de sus protagonistas».

⁵ Gopegui (2019b, 355), en un coloquio sobre su novela *Acceso no autorizado*, lo explica así: «Es el futuro de esas novelas el que me concierne, por cuanto tratan de construir la subjetividad que se alumbra en el enfrentamiento con una relación de dominio. Novelas que no renuncian a la belleza ni al temblor y al mismo tiempo saben que esos términos forman parte aún de este orden establecido».

⁶ La autora sitúa el origen de dicho individualismo en Descartes: «A mi entender, esta clase de soledad, también llamada individualismo, empieza a gestarse con Descartes, con la modernidad, pero se hace carne, relato, narración, en los años de que trata Stendhal en *Rouge y negro*» (Gopegui 2019b, 165).

⁷ Lejos de un ingenuo idealismo, la escritora madrileña es muy consciente de que la literatura, sin una intervención directa en el mundo, no es suficiente: «Cada vez tengo más dudas acerca de la posibilidad de que la literatura sea revolucionaria. Se le puede exigir que no sea mentirosa, adulatora [...]. Pero luego la revolución hay que hacerla» (Rabanal 2011, 215).

Combatir la economía de mercado y por tanto la propiedad privada de los medios de producción; combatir la democracia burguesa y combatir la sociedad de clases. Esto puede hacerse mediante un panfleto [...] o puede hacerse con historias que simplemente nos ayuden a ver la explotación y, lo que es aún más difícil, a ver una vida sin explotación (Gopegui 2019b, 282).

De estas premisas se desprenden la inevitable politización del lugar desde el que se escribe⁸ y el obligado forcejeo con la actual organización de la realidad⁹ que implican la adopción de un realismo no anquilosado y de raigambre brechtiana (Valle Detry 2015, 59) que cuestione la contemporaneidad por medio de una «visibilización de lo invisible» (Mora 2011), cuyo fin es llamar la atención sobre ciertos mecanismos de dominación y alienación que demasiado frecuentemente pasan desapercibidos (Reyes Martín 2018, 6). Es lo que acontece en *Quédate este día y esta noche conmigo*, una novela «sobre/contra Google. Pero no contra Internet» (Becerra Mayor 2018, 51) de sumo interés para profundizar la condición de quienes, vinculados a la Red (Cassin 2018, 3) y a las plataformas que dirigen y controlan los flujos de datos, hoy en día vivimos una nueva fase de hibridación entre lo humano y lo tecnológico que Sadin (2017, 28-29) llama, con un neologismo, «antrobología»¹⁰ y que Hayles (2012, 39) desliga de la idea de progreso para, en cambio, asociarla a la de «adaptación»:

Contemporary technologies, like evolution in general, is not about progress. That is, it offers no guarantees that the dynamic transformation taking place between humans and technics are moving in a positive direction. Rather, contemporary technogenesis is about adaptation, the fit between organisms and their environments.

Belén Gopegui ya se había interesado por las potencialidades de Internet en *Acceso no autorizado*, donde –gracias a la intervención de un hacker aficionado– las voces de los ciudadanos habían podido dialogar con los escrúpulos

⁸ Gopegui (2021, 2) reconoce abiertamente esa interdependencia: «Hablar de novela política, esto es, de novela, sería entonces, a mi entender, hablar de cuáles son los textos y procedimientos que permiten cuestionar, avanzar, desvelar, hacer inteligible, interpretar el mundo de las colectividades humanas, no solo de sus hechos, también, claro está, de sus historias, pensamientos, sus mitos y sus sueños, de manera tal que no se yerre sino que se obtengan ideas que permitan actuar en consecuencia, y distinguirlos de aquellos otros textos que confunden pues transmiten la idea de que entre las causas, razones y efectos de los hechos hay relaciones mágicas, estereotipadas o inmóviles ante las que solo cabe adaptarse».

⁹ «Porque tal vez había alguna relación entre escribir novelas y su infancia, pero esa relación le parecía más lejana y más débil que la relación entre escribir novelas y una determinada organización de la realidad» (Gopegui 2019b, 227).

¹⁰ La situación analizada por el ensayista francés se podría resumir por medio de la siguiente cita: «Se trata de la emergencia de una humanidad ya no solo interconectada e hiper móvil, que hace del acceso un valor capital, sino que, de ahora en adelante, está *hibridada* con sistemas que orientan y deciden comportamientos colectivos e individuales» (Sadin 2017, 60).

y los dilemas morales de una vicepresidenta de Gobierno en el último tramo de su carrera política. Allí la web conservaba todavía esa aura de «opportunity machine» (Shirky 2010, 128) de libre acceso, democrática y plural, eficaz en sortear o dinamitar el discurso oficial (Ferrari Nieto 2012, 65; Delgado López 2020, 55), con la que muchos pioneros de la informática habían soñado al comienzo (Auletta 2010, 291; Vaidhyanathan 2011, 13; Zafra 2017, 89-90; Baricco 2018, 102-103), pero al mismo tiempo se reconocían las lacras que están echando por tierra dicha utopía: «Antes era distinto. Internet empezaba. Era una red de caminos y los caminos son libres. Ahora las empresas y los Estados quieren controlar no sólo adónde vas sino por dónde pasas y en qué medio de transporte» (Gopegui 2018a, 61).

La autora tiene muy claro que el problema no es la Red en sí, sino quiénes la gestionan y con qué finalidad (Lovink 2019, 70), puesto que, con gran lucidez y sentido práctico, hace notar que «No hay bits que circulen exentos de la lógica del beneficio» (Gopegui 2019b, 312). De nuevo, asoman las múltiples ramificaciones del capitalismo, aunque en el entorno digital se reduzcan a un oligopolio ejercido por un número muy limitado de empresas estadounidenses, entre las que destacan Facebook, Twitter y, especialmente, Google (Martínez 2017)¹¹, cuya función ha resumido de manera muy certera Hal Varian, jefe económico de esa compañía nacida en 1998: «The Internet [...] makes information available. Google makes information accessible» (Auletta 2010, XI). No hace falta ser un lince para entender que quien regula el acceso a la información, *de facto*, la controla y puede hacer con ella lo que le dé la gana¹². De hecho, Siva Vaidhyanathan titula su libro dedicado al buscador creado por Sergey Brin y Larry Page *The Googlization of Everything*, reconociendo que «Googlization affects three large areas of human concern and conduct: “us” [...], “the world” [...] and

¹¹ Google hace mucho que ya no es un simple buscador, puesto que como subraya Cassin (2018, 4) «Since 2003 it has become less a search engine than an application platform that is endlessly offering more and more extraordinary new services».

¹² También lo señala David Becerra Mayor (2018, 51) en su lectura de *Quédate este día y esta noche conmigo*: «El problema no es internet, que podría concebirse como terreno de disputa, sino Google en tanto que corporación privada que vigila nuestras vidas y monopoliza el conocimiento y la información. Google, al no “compartir con las personas [su] poder”, es el obstáculo que impide la democratización del conocimiento y de la palabra en internet». Véase también la siguiente entrevista a la autora sobre la novela que nos ocupa: <https://www.youtube.com/watch?v=56XLtjU6c>. Incluso alguien como Baricco (2018, 320), bastante entusiasta y seguramente fascinado por el actual *technological turn*, se ve obligado a admitir que, pese a las infinitas posibilidades abiertas por los pioneros del web, hoy en día el poder se concentra en pocas manos y suscita cierta perplejidad su júbilo por la desaparición de los intermediarios típicos del siglo XX (73-74) sin que se dé cuenta de que en la Red han sido sustituidos por otros (92) –entre ellos el mismo Google– que, además, poseen una mercancía muy valiosa: una cantidad enorme de datos que pueden vender o ceder a su antojo todas las veces que haga falta (Mayer-Schönberger y Cukier 2014, 134-139).

Knowledge» (2011, 2), o sea todo lo más importante que nos concierne, sin que podamos sustraernos a su influencia global que, sustancialmente, es fiel reflejo del imperialismo norteamericano: «Today [...] one cannot do without Google, just as one cannot do without America» (Cassin 2018, 42)¹³. Resulta evidente el paralelismo entre el influjo subrepticio y global del *American Way of life* y del «Google way of doing things» evocado por Vaidhayanathan (2011, 20). No sorprende, pues, que Gopegui elija a Google como epítome de la que Geert Lovink (2019, 27) define «[the] age of platform capitalism»¹⁴.

Para entender mejor la disección de los pliegues ocultos de esta plataforma llevada a cabo por la escritora madrileña quizás sea útil delimitar tres ámbitos generales –muy conectados entre ellos– en los que se centra *Quédate este día y esta noche conmigo*: Google como empresa capitalista, la (inter)dependencia y las relaciones que se establecen entre Google y la gente común y, por fin, qué pueden hacer los ciudadanos de a pie para sustraerse a su poder.

1. DON'T BE EVIL

Uno de los elementos fundamentales que caracteriza cualquier compañía y la distingue de las demás es su logotipo. En su novela Belén Gopegui capta muy bien el mensaje (est)ético que los ideadores del buscador más utilizado en el mundo querían transmitir a través de él: «el logo de parvulario de Google, su pantalla de inicio, su estética de escuela infantil sigue triunfando» (Gopegui 2019a, 60). El usuario, en efecto, tiene la impresión de encontrarse frente a un instrumento sencillo, transparente e inocuo, «drawn for big kids» (Cassin 2018, 24)¹⁵, destinado a encarnar perfectamente los dos moteos principales de la firma –«Don't be evil» y «Our mission is to organize the world's information» (40)– que, supuestamente, reflejarían las aspiraciones megalómanas de Brin y Page,

¹³ Para tener una idea del alcance de Google son suficientes unos datos: «Google had become a juggernaut; it now produces two-thirds of all Internet searches in the United States and nearly 70 percent worldwide. Its index contained one trillion Web pages in 2008, and according to Brin, every four hours Google indexed the equivalent of the entire Library of Congress» (Auletta 2010, 16); «Today Google can scan the entirety of the visible Web (11.5 billion pages) in about a month» (Cassin 2018, 31). Geert Lovink (2019, 71) predice que, dentro de unos años, de hecho, ya no serán unas pocas entidades geopolíticas –Estados Unidos o China– las que dirijan nuestro futuro tecnocrático, sino «a technical universal grid».

¹⁴ Para más señas, Google fue la empresa que abrió la senda que habrían de seguir otras plataformas: «Google's way of building its business –make it free and attract users before figuring out a way to make money– became the template for Web start-ups from Facebook to Youtube to Twitter to Ning» (Auletta 2010, 282).

¹⁵ No por nada, Baricco (2018, 141-147) identifica la nueva estapa tecnológica que está atravesando la humanidad con las ideas de juego y diversión, sintetizadas por los videojuegos, de ahí que su ensayo se titule precisamente *The Game*.

quienes por medio de la información y de unos avances tecnológicos constantes creen poder resolver todos los problemas de la humanidad (Vaidhayanathan 2011, 55)¹⁶. Además, Google se diferencia de los demás buscadores por no presentarse como un portal con anuncios (Cassin 2018, 8): solo es una página blanca puesta gratuitamente al servicio del internauta. No sin una pizca de sorna, Cassin (65) expresa un sentir generalizado respecto a tamaño milagro: «Freedom, equality, availability: a dream come true. At first glance, it's true». Esta estrategia, encima de forma calculada, induce a pensar que Google e Internet son lo mismo (4), cuando en realidad el primero es una infraestructura del segundo, espejismo que en *Quédate este día y esta noche conmigo* se pone de manifiesto, con las reflexiones que eso comporta:

Algunos hombres y mujeres ancianos piensan que internet eres tú. [...] Aunque haya que definirte como un motor de búsqueda y aunque el volumen de información y el valor en Bolsa de otras plataformas sea mayor o equivalente al tuyo, lo que el buen sentido de esas gentes advierten es que internet no es el mundo ni un reflejo del mundo si no se atraviesa primero el espejo, y el espejo sueles ser tú. Entienden a su manera que internet no consiste en bajar a cualquier calle ni en adentrarse por el primer sendero del monte. Hay un arco, quizá con sus detectores de otras cosas que no son metales, con su peaje invisible (Goepqui 2019a, 62).

La confusión entre una cosa y otra se debe también a que, en palabras de Vaidhayanathan (2011, 14), «no single state, firm or institution in the world has as much power over Web-based activity as Google does». Su presencia es constante, se mantiene activo incesantemente, permeando nuestra sociedad a cualquier hora¹⁷ y siguiendo a rajatabla las leyes del mercado que imponen una continua innovación (Goepqui 2019a, 75): «Tú nunca duermes, Google. En la mayoría de las historias de robots estos no comen y tampoco duermen pero tienen que apagarse algún tiempo para recargar sus baterías. Tú no te apagas. [...] Tú eres voluntad o no eres nada» (68).

El éxito del motor de búsqueda, como es de sobra sabido, se debe principalmente a su sofisticado sistema de algoritmos (PageRank)¹⁸ que restituye los resultados no solo según la cantidad de tráfico engendrado por los sitios web,

¹⁶ Sin embargo, se trata de una manera de pensar muy típica de la era de los *big data*, en la que prima la idea de tener a disposición todos los datos posibles porque solo así se obtendrán los mejores resultados a la hora de encontrar correlaciones anteriormente ignoradas (Mayer-Schönberger y Cukier 2014, 26-31).

¹⁷ Esta impresión se ve confirmada por el comentario de Cassin (2018, 7): «[Google] it is, says David Vise, our *global favorite*, and for millions of users it ends up being the same as Internet. [...] Google's practice [...] is simply an excellent means by which the internet is made apparent».

¹⁸ Un esquema embrionario de cómo funciona Google es el que reproduce Cassin (2018, 39), basado en la comunicación «The Anatomy of a Large-Scale Hypertextual Web Search Engine» presentada por Brin y Page durante su doctorado en la universidad de Stanford.

sino que también asigna una posición más alta a aquellos que se han demostrado más fiables (Auletta 2010, 6), garantizando así una ordenación supuestamente objetiva (5) que habría de favorecer a los internautas, pero que, analizada con más detenimiento, revela su dependencia de la superestructura económica en la que se inserta:

Aunque guardes en secreto tu algoritmo, algo se sabe de él. Te inspiraste para hacerlo en los llamados mecanismos de revisión por iguales, o pares, de las revistas científicas. [...] Tú copiaste de algún modo la idea, haciendo que tu algoritmo evaluase la información presente en la red mediante los enlaces que tenía, cuántos de los enlaces apuntaban a ella. Pero tu supuesta objetividad siempre fue jerárquica [...]. [...] el capital sigue mandando. Tú no te has propuesto corregir la realidad sino, de algún modo, sujetarla. Y en la realidad que está fuera, si es que podemos seguir haciendo esta distinción, las jerarquías suelen contar con la violencia. Lo cierto, en fin, es que no eres tan objetivo como aparentas, no lo eres ni siquiera antes de que intervenga la publicidad: ordenas las búsquedas, y al ordenar escoges, descartas, intervienes (Gopegui 2019a, 125-126).

Efectivamente, la misma Red se organiza y estructura obedeciendo a unas pautas parecidas a las establecidas por la mano invisible de la economía (Cassin 2018, 45)¹⁹ y a unos imaginarios que deben muchísimo a lo que a menudo se da en llamar «sentido común»²⁰. Como subraya Lovink (2019, 78), citando a Jonathan Beller:

Today's codifications, abstractions and machines, far from being value-neutral, are rather racial formations, sex-gender formations, and national formations –in short, formations of violence. Digital culture is built on and out of material and epistemological forms of racial capitalism, colonialism, imperialism and permanent war. This violence is literally inscribed in machine architectures and bodies.

Al fin y al cabo, a Google no le importa que el cibernauta se emancipe de unos moldes fijados con antelación, sino que se convierta en un cliente habitual y en un consumidor. La precisión de las búsquedas depende de la frecuencia de uso y de la repetición de ciertas costumbres –registradas por las *cookies* (Auletta 2010, 7)– y, por lo tanto, sus sugerencias, paradójicamente, suelen coincidir con lo que ya se conocía de antemano o con lo que uno puede pedir

¹⁹ Esta consideración no solo vale para la Red, sino también para los avances tecnológicos vinculados al uso masivo de datos que, si bien podrían utilizarse para fines humanitarios, en la enorme mayoría de los casos, como queda patente en el libro *Big Data* de Mayer-Schönberger y Cukier (2014), giran alrededor de los intereses económicos, dentro de las leyes del mercado, tanto de los productores como de los consumidores.

²⁰ La expresión es empleada por la misma Gopegui en *Quédate este día y esta noche conmigo* y la hace coincidir con lo previsible, lo que el pensamiento dominante impone como única posibilidad racional: «El llamado sentido común trabaja con lo esperable» (Gopegui 2019a, 16).

o desear a partir de su específica situación (Cassin 2018, 54)²¹: no hay, en suma, una apertura hacia lo desconocido que conduzca a un aprendizaje o a una toma de conciencia, sino una confirmación de lo consabido²². Para expresarlo con palabras de Remedios Zafra (2017, 237): «No puedo olvidar que los algoritmos que nos facilitan las cosas también suelen dejar fuera las zonas de sombra que se rebelan, la herida, lo inesperado». Y, por supuesto, la tristeza está incluida en esas zonas de sombra, en esa herida: «Para eso, Google, estarías preparado y podrías ofrecer unas cuantas recomendaciones: “Cinco cosas que debes [o no debes, ambos tipos de consejos te gustan] hacer si quieres que en tu casa haya buen rollo”. [...] Por ahora en la red hay un superávit de imágenes de felicidad mostrada» (Gopegui 2019a, 37)²³.

Todo lo descrito forma parte de una cultura hedonista y consumista²⁴, muy bien reflejada por el compromiso de Google por brindar unas respuestas que cumplan con las expectativas de los usuarios porque, además de darles acceso a la información —o a los productos— que les interesan, sirven para construir enormes bases de datos con el objetivo de conocer y pronosticar los gustos de cada cual, una mina de oro aprovechable en el ámbito comercial de los anuncios²⁵, cara (poco) oculta de un servicio que, recién inaugurado, había insistido obstinadamente en su misión democrática, justificando sus lutas ganancias como un efecto secundario (Auletta 2010, 5): «En tu nombre no habita sólo lo que quieres ser sino también la materialidad de lo que eres; anuncios, sí, una inmensa plataforma publicitaria, un servicio que fundamentalmente vive de lo

²¹ Siva Vaidhyanathan (2011, 63), muy oportunamente, destaca que «By relying on PageRank Google has historically favored highly motivated and Web-savvy interests over truly popular, important or valid interests». Y Gopegui (2019a, 30) considera que «La variedad, su apariencia infinita y sin embargo controlada, es tu terreno, Google: en cada búsqueda ofreces cien mil resultados, aunque a la postre no son tantos».

²² Otro riesgo es el de que un sistema de búsqueda tan matemáticamente calibrado elimine toda posibilidad de toparse por azar con algo que amplíe nuestros conocimientos, como en cambio puede pasar durante la lectura de un libro (Auletta 2010, 363).

²³ Sin embargo, precisamente ese afán por aparentar éxito, felicidad y entusiasmo cada día acarrea más frustración, más depresión e infelicidad (Lovink 2019, 46).

²⁴ Sébastien Charles, razonando sobre el pensamiento de Gilles Lipovetsky, sintetiza la esencia del individuo contemporáneo en estos términos: «Entonces aparece Narciso, mascarón de proa de *La era del vacío*, sujeto *cool*, adaptable, amante del placer y de las libertades, todo a la vez. Es la fase jubilosa y liberadora del individualismo, que se vivió a través del alejamiento de las ideologías políticas, del hundimiento de las normas tradicionales, del culto al presente y de la promoción del hedonismo individual» (Charles 2006, 26). Se trataría de un ser humano sintomático de una nueva era: «Algunos indicios permiten pensar que hemos entrado en la era de lo “hiper”, caracterizada por el hiperconsumo, tercera fase del consumo, la hipermodernidad, continuación de la posmodernidad, y el hipernarcisismo» (26).

²⁵ «Google wants to be the agent that sells the ads on all distribution platforms, whether it is print, television, radio or the Internet» (Auletta 2010, 294).

que otros producen tal vez con fatiga, sudor y sueño» (Gopegui 2019a, 80-81). Se desenmascaran, así, aquellas contradicciones que los mismos Brin y Page han tenido que asumir públicamente: «Because Google now admits to being in the advertising business which produces almost all its revenues, they will have to answer this question: Is Google's customer the advertiser or the user?» (Auletta 2010, 222). La pregunta no es para nada ingenua y Vaidhyanathan (2011, 3) no duda al respecto: «We are not Google's customers: we are it's products». Tampoco Cassin (2018, 36) titubea —«Google's history is a "capitalist history"»— y Gopegui (2019a, 165), ahondando en dichas paradojas, reprocha irónicamente a la empresa su macroscópica y rendida sumisión a las ásperas caricias de la mano invisible del capitalismo:

¿Te aliviaría también o te avergonzaría saber que tus desmanes, los impuestos no pagados, las leyes no cumplidas, los abusos en las negociaciones, la constante explotación de quienes manufacturan tus materiales, limpian tus pasillos, bucean para instalar en el océano tus servidores, sería, di, un alivio o tal vez una vergüenza saber que todo eso no lo hiciste guiado por la deliberación, la voluntad, la luz de tu inteligencia sino ateniéndote a impulsos que no te pertenecían?²⁶

A los acostumbrados engranajes del trabajo asalariado, en las plataformas digitales se añade el extraño fenómeno de unos explotados²⁷ que o bien no se dan cuenta de serlo o bien —sobre todo entre los jóvenes— aceptan gustosos su condición de «productores» que no reciben ninguna remuneración con tal de poder seguir disfrutando de ciertos beneficios «sin pagar»²⁸, una actitud que, si bien no tan cándidamente, se atisba en el hermano de uno de los dos protagonistas de *Quédate este día y esta noche conmigo*:

Al hermano de Mateo no le importa demasiado la autoría, no la entiende demasiado: internet es su repositorio. Sería adorable pensar que internet es la acumulación de ocurrencias, sueños, disquisiciones, trabajos de millones de seres humanos. No es así y tú, Google, tienes bastante que ver. No sólo tú. Ahora mismo están gestándose nuevas formas de encuadrar fragmentos de la realidad, generar-

²⁶ El escritor Walter Siti a este respecto, haciendo hincapié en la identificación que se establece entre el usuario y Google, opina que, con el paso del tiempo, semejantes preguntas éticas perderán su sentido: «La proprietà privata sta finendo ma non perché i beni stiano diventando comuni; solo perché le cose appartengono a Enti senza volti (che ti importa che Google paghi le tasse, se Google sei tu?)» (2018, 113).

²⁷ Lovink (2019, 15) resume este concepto de manera lapidaria: «The poor make money for Facebook; it will never be the other way round».

²⁸ Siti (2018, 98) ha acuñado la expresión «la schiavitù del free» y explica las implicaciones que tiene para los usuarios y las multinacionales: «Ma la principale ragione per cui la strategia del gratis conviene alle multinazionali è che noi lavoriamo gratis per loro: senza quasi accorgercene, attratti dal mito della visibilità o semplicemente dalla comodità di usare ciò che loro ci forniscono» (104-105).

los, enlazarlos y ofrecerlos a cambio de algo. Por fuera existen protocolos diferentes, pero por dentro sois empresas (Gopegui 2019a, 25).

La autora vuelve bastante a menudo sobre esta suerte de esquizofrenia que aqueja a muchas de las grandes tecnológicas del Silicon Valley que, aparentemente, se atienen a un código ético heredado de algunos ideales de los años sesenta (Siti 2018, 96) para luego actuar según los dictámenes de otras lógicas –mucho más cercanas al capital y al poder²⁹, dando la impresión de no querer llegar hasta el fondo a la hora de saber cuáles son sus evidentes responsabilidades en los desajustes y las injusticias actuales³⁰: «Google, al fin y al cabo, no eres más que un nombre que alguien pone a un conjunto de efectos. Tienes logo, acciones, entidad jurídica, pero no te das cuenta de que los tienes» (Gopegui 2019a, 183-184). El nudo gordiano que hay que cortar es, entonces, la hipocresía de quienes controlan, seleccionan, organizan y distribuyen el conocimiento desde una posición de casi monopolio y se ufanan de hacerlo en pos de un bienestar común, cuando en realidad en ese contexto a las personas corrientes no les queda ninguna posibilidad de participación activa en la forja de un mundo libre y justo³¹:

El conocimiento no es malo, dirás. ¿Qué hay de malo en saber? [...] La red, además, lo está repartiendo. En unos años las pequeñas empresas, y los individuos, podrán fabricarse sus propios modelos. Pero lo que la red no distribuye es el poder para intervenir y rentabilizar ese conocimiento, para tomar decisiones, y omitir, al margen del bien o la verdad. Aunque haya monopolios cada vez menos

²⁹ Muy puntuales resultan las observaciones de Vaidhyanathan (2011, 70): «the ideology of Silicon-Valley is rooted in the practices and idealistic visions of 1960s counterculture. It's a peculiar story: cultural anarchism melded with technologies developed for and by the U.S. military, unleashed in the service of both commerce and creativity, yet also accused of undermining both». Han (2015, 90-91) denuncia el hecho de que empresas como Google o Facebook, a la hora de acumular y manejar los datos, trabajan de un modo muy parecido a los Servicios Secretos de cualquier Estado. Sin embargo, esas mismas plataformas, en las actualizaciones de sus servicios, como es el caso de Youtube para Google, incluyen unas impostaciones gracias a las cuales la aplicación «reminds users to “take a break” from watching videos. And in parallel to these moves, Google has launched a “wellbeing” campaign. The slogan? “Great technology should improve life, not distract from it”» (Lovink 2019, 8).

³⁰ Auletta (2010, 17) confirma dicha paradoja: «There is a disconnect between the way Google is often perceived and the way it perceives itself».

³¹ Gopegui (2019a, 242) tiene las ideas muy claras al respecto: «Cuando una sociedad renuncia a la aspiración de la justicia, cuando considera normal el hecho de que sus miembros sean doblegados por la fuerza, doblegados hasta el punto de ser a su vez obligados a doblegar a otros, esa sociedad no es libre y eso la enferma de muerte». La complicidad de Google en mantener el *statu quo* es palmaria: «Ni fuentes, ni magnolias ni chispazos de confeti lograrán entonces disipar la opresión y tú, Google, aun pudiendo –porque posees las capacidades–, no les ayudarás a unirse, a enfrentarse a lo injusto con un poco de armonía y obtener los mejores resultados posibles» (Gopegui 2019a, 182).

longevos, el juego se reparte, Google, los individuos desguarnecidos vagan por toda la tierra (Gopegui 2019a, 116).

Retomando uno de los icónicos lemas de la compañía comentados al comienzo de esta sección, se podría concluir con Vaidhyanathan (2011, 70) que «Google is not evil, but neither is it morally good». Justamente por este motivo y por cada uno de esos «individuos que vagan desguarnecidos por toda la tierra» –quizás una referencia admonitoria a un espectro que a mediados del siglo XIX se cernía sobre Europa– Mateo (Gopegui 2019a, 140) le pregunta a bocajarro a Olga: «Tanto diseño estratégico para las empresas, ¿y qué pasa con la vida, con esta sociedad?».

2. ¿QUÉ PASA CON LA VIDA, CON ESTA SOCIEDAD?

El interrogante ético que la autora plantea a través de uno de sus personajes es ampliamente justificado por la ambigua moral aplicada por Google tanto en la Red como dentro de su propio plantel. Por un lado, se insiste en una supuesta universalidad democrática (Cassin 2018, 119) y una falta de jerarquías que garantizarían unas condiciones de igualdad para todos los usuarios y una paridad de derechos y trato entre los trabajadores (Auletta 2010, 18-19), pero por otro es imposible ignorar que los criterios aplicados a través de PageRank y del sistema de contratación de la firma se basan en la exclusión. De hecho, sus algoritmos deciden cuáles sitios, personas o marcas tienen visibilidad en Internet –y, por ende, «existen»³²–, ignorando, en cambio, una mirada de actividades, individuos u organizaciones que se quedan en esa tierra de nadie que se extiende allá donde la luz de las pantallas no alumbra sus vidas anodinas. Una posible alegoría de esta indiferencia sería la imagen de un padre cualquiera que empuja la silla de ruedas de su hija por una calle anónima de Madrid: «Para el universo, el padre y la criatura existen, también para sí mismos. Para ti, bastante poco, Google. Ni sus anhelos sofocados, ni sus noches eternas cuando un crujido o algo les desvela, te ocupan a tí, que pretendes organizar todo el conocimiento» (Gopegui 2019a, 23). Se muestra a las claras, de este modo, el desinterés de la empresa por todo lo que no produce enlaces o visualizaciones –y no resulta rentable³³–, siguiendo paradójicamente –o quizás no

³² Cassin (2018, 46) sintetiza muy bien este vínculo entre la «realidad» de las pantallas y la realidad «real»: «nowadays whatever does not appear in the first results of a Google search has very little existence». La opinión de Gopegui (2019a, 158) es muy afín y destaca que solo quienes tienen un cierto bienestar económico y no están aquejados por la urgencia de sobrevivir o de resolver problemas cotidianos logran no quedarse fuera: «La vida a veces, la vida casi siempre es demasiado concreta, en especial la vida de quienes no existen».

³³ Auletta (2010, 214) lo aclara sin remilgos: «But the speed of Google's ascent and its expansive commercial ambitions come to overshadow its noble ambitions».

tanto—, como ya se ha comentado, los modelos de los *rankings* del mundo académico (Vaidhyanathan 2011, 188)³⁴. A fin de cuentas, el foco de luz mediático y de las redes sociales rescata de la oscuridad siempre a los mismos:

Tú, Google, tiendes a preguntar las cosas que ya sabes. Es demasiado fácil contestar a la pregunta acerca de lo que se puede hacer con alguien cuando cumple los requisitos, cuando posee premios y cursos y las cualidades esperadas. Es el mundo conocido: celebridades, músicos, empresarios, deportistas, las cien mayores fortunas, los diez mejores solteros, los vídeos más vistos, las cuentas más seguidas [...]. Seleccionar significa dejar fuera. Tú, Google, sabes muy bien qué hacer con todas las personas que seleccionas [...]. Lo que no parece saber es qué harás con todas las personas que dejas fuera (Gopegui 2019a, 34)³⁵.

La criba no solo es virtual sino real porque Google se atiene a los principios de eficiencia, y a la supuesta neutralidad tecnológica, incluso en la búsqueda de su personal³⁶. El objetivo prioritario es atraer a las mentes más brillantes de Estados Unidos (Vaidhyanathan 2011, 69) que, por medio de su educación y sus *curricula* ya han demostrado con creces su idoneidad para integrar las filas de esa élite que vive y trabaja en Mountain View (Gopegui 2019a, 33, 122)³⁷. Los mismos perfiles de Sergey Brin y Larry Page encajan perfectamente dentro de este molde: ambos tenían unos padres muy vinculados al mundo académico y al de la informática y tuvieron la oportunidad de estudiar en Stanford y contar con los recursos de una de las mejores universidades del país, codeándose con expertos e inversores que les ayudaron a realizar sus proyectos (Auletta

³⁴ Siempre relacionadas con el tema de la exclusión se podrían citar al menos otras dos facetas ocultas detrás de la cara amable de Google —más allá del secreto del algoritmo de PageRank— y de otras plataformas. Primero, si un usuario se da de baja de Google pierde el acceso a muchos servicios, a mucho material que a menudo ha contribuido de manera directa o indirecta a crear y no podrá disfrutar de Internet como antes (Cassin 2018, 82; Vaidhyanathan 2011, 20); luego, es apabullante el desequilibrio que hay a la hora de acceder a los datos (Auletta 2010, 19): «Even as the data stored in databases has exploded exponentially, the percentage accessible (or indeed even known) to the public has shrunk» (Haleys 2012, 200).

³⁵ La acusación de Gopegui es respaldada por Vaidhyanathan (2011, 147): «And we now understand that the very nature of Google's search algorithms privilege highly organized technologically savvy groups over others. Google in fact disrupts the prospects of building a global public sphere».

³⁶ Auletta (2010, 49) es tajante al respecto: «The hiring process at Google in some ways paralleled de algorithmic approach to search. Although the founders applied the airplane test, that criteria was less important than the premium they placed on SAT scores and on grades and degrees from the best colleges. Real-world experience counted less than objective measurement».

³⁷ Contradiendo la supuesta apertura democrática de la compañía, Auletta (2010, 19) recuerda que «more applicants are accepted by Harvard (about 7 percent) than are hired by Google (about 1 percent)».

2010, 28-41; Cassin 2018, 28-29)³⁸. Ser contratado por Brin y Page, entonces, no es una ocasión al alcance de cualquiera, sobre todo si, para más señas, uno ha estudiado en una universidad pública española y viene de una familia con escasos recursos económicos como Mateo, un joven que –emblema de una multitud que se deja embaucar por el discurso hipócrita de la igualdad de oportunidades y por el tan cacareado «triumfo» (Zafra 2017, 52)– sueña con ser admitido en un curso de la Singularity University (Gopegui 2019a, 19), patrocinada por Google, para luego estrellarse contra la dura realidad de una sociedad ultracompetitiva que, ajena a cualquier solidaridad (Zafra 2017, 50), rechaza o ningunea a quienes habitan sus márgenes: «Mateo no se ofendió porque había experimentado en su entorno –país del sur de Europa, ciudad dormitorio, gentes carentes de una casa o un trozo de tierra en propiedad la mayoría de las veces– formas muy llevaderas de inexistencia» (Gopegui, 2019a, 21-22). Las peticiones prácticamente imposibles³⁹ y el alud de propuestas que Google recibe constantemente condenan al fracaso y a la frustración a una inmensa mayoría⁴⁰ que, no obstante, tiene que seguir ostentando un entusiasmo diamantino y luciendo sus méritos si quiere que algún día se entreabran, aunque sea por un instante, las puertas del éxito.

No por nada, el entusiasmo (Zafra 2017, 31) y el mérito (Becerra Mayor 2018, 50) son dos fetiches clave para entender nuestra contemporaneidad. El primero sería una cualidad necesaria para no crear problemas en el entorno laboral y garantizar una adhesión inquebrantable a la empresa, mientras que el segundo parecería un instrumento objetivo para evaluar a un sujeto. Basta con rascar la superficie de dichas aseveraciones para entender que encubren, respectivamente, una excusa para la (auto)explotación (Zafra 2017, 15) y un valor

³⁸ Aunque se da la paradoja de que, habiendo dejado su doctorado en Stanford, muy difícilmente hubieran podido ser contratados por una empresa como la suya: «Google's obsession with such data for HR purposes is especially queer [...]. And it repeats the mistakes of past technology powerhouses that vaunted people's résumés above their actual abilities. Would Larry and Sergey, as PhD dropouts, have stood a chance of becoming managers of the legendary Bell Labs? By Google's standards, not Bill Gates, nor Marck Zuckerberg, nor Steve Jobs would have been hired, since they lack college degrees» (Mayer-Schönberger y Cukier 2014, 167).

³⁹ A Mateo –y a muchísimos estudiantes como él– se les pide «exponer en menos de doscientas palabras, cuál era la idea magnífica que pensaba impactar a mil millones de personas en diez años y cómo esperaba convertirla en una empresa. [...] Luego debía filmar un vídeo de, máximo, dos minutos para que vieran su cara, sus gestos y su inglés: dos minutos para seducir con su lenguaje corporal, transmitir curiosidad, pasión, mostrar que no crearía problemas y sería capaz, en escaso tiempo, de hacer sonreír al interlocutor con frases divertidas, brillantes y, por supuesto, amables» (Gopegui 2019a, 19-20).

⁴⁰ «Cinco proyectos cada tres días, más de mil proyectos o noticias de avances inminentes y en ninguno, Google, has hablado de otro miedo que tal vez tú no tengas, que acaso no conozcas: quebrarse, caer sin haber llegado a alcanzar el honor de las personas que no existen, su fuerza y su dignidad» (Gopegui 2019a, 159-160).

cuantitativo fijado por los que mandan según unos parámetros subjetivos⁴¹. Esta mentalidad, que se está convirtiendo en la piedra angular de nuestra época, es la que vertebra Google⁴², una compañía regida por ingenieros que piensan como tales –basando sus previsiones en datos y cálculos sin desvíos irracionales o sentimentales– (Auletta 2010, XII)⁴³ y que, muy en consonancia con un pragmatismo de raigambre norteamericana, creen en el mérito, frecuentemente concebido «as technical competence» (Vaidhyathan 2011, 68) y, por ende, objetivable.

El ambiente de trabajo en Googleplex, aparentemente, es muy estimulante, rompedor –tanto por lo que respecta a las infraestructuras visionarias como a la informalidad y la flexibilidad en los horarios–, construido alrededor de una ética del esfuerzo que es, al mismo tiempo, una herramienta para mejorar el mundo y a uno mismo en pos de una perenne innovación (Auletta 2010, 17-18; Cassin 2018, 35). Los empleados viven en una suerte de campus universitario utópico que, por medio de un sinfín de servicios y comodidades –tienen a su disposición centros de masajes, talleres mecánicos, etc.–, les libera de las preocupaciones cotidianas que aquejan a la gente común para que puedan entregarse en cuerpo y alma a sus quehaceres y también –en lo que parece un acto de profundo respeto por la autonomía intelectual– a sus proyectos personales. Aun así, si se mira con ojo crítico, no es difícil intuir que este marco idílico sirve para disimular un dispositivo de (auto)explotación que, sacando tajada de los méritos y el entusiasmo individuales fusiona –por medio de unos recursos parecidos a los de un parque de atracciones– ocio y trabajo en un flujo continuo, a tal punto que el sujeto ya no es capaz de escindir el uno del otro y se somete voluntariamente a unas lógicas de producción llevadas al extremo, en las que todo lo que hace es aprovechable por parte de una empresa⁴⁴ que intenta apropiarse incluso de sus momentos de reflexión para reducirlo a un ser domesticado⁴⁵:

⁴¹ Esta es otra denuncia de lo «invisible» por parte de la autora: «Mateo y Olga reconocen cualidades como la perseverancia y el talento. [...] Porque el mérito lo juzgan los demás mientras que la perseverancia, como el talento, mal que bien pueden cotejarse» (Gopegui 2019a, 49).

⁴² Gopegui (2019a, 15), por boca de la becaria –o del becario– que lee la carta de Olga y Mateo lo expresa de una manera lapidaria: «Google se muere por el entusiasmo».

⁴³ Precisamente esa visión fundamentada en las matemáticas, la ciencia y los datos es la que a menudo, por ejemplo, les ha impedido a Brin y Page preocuparse por la privacidad de los usuarios de Google (Auletta 2010, 100), algo confirmado por Vaidhyathan (2011, 67): «Google is built to support a technocratic way of working».

⁴⁴ Dicho mecanismo es evidente en el siguiente comentario de Auletta (2010, 18): «Most employees are allotted a day a week, or 20 percent of their time, to work on projects they feel passionate about. This has produced more than a few of Google's technological breakthroughs. Just as important, it conveys a sense of freedom».

⁴⁵ No es muy diferente del efecto provocado por la tecnologización de nuestra sociedad: «Ni la inercia promovida por la máquina ni la de una red ayudan a generar duda y a cuestionar, tampoco a pedir tiempo para pensar mejor las cosas» (Zafra 2017, 229).

Las lámparas de lava forman parte de lo mismo: retener la infancia, niños y niñas que no están perdidos y sin embargo viven en el país del Nunca Jamás. Todo eso, y el voleibol, y las hamacas, y los monopatines a motor, se integra en una especie de pista sin fin, un circuito que nunca se rompe: trabajo, descanso, juego, vuelta al trabajo. Sin embargo, algunas personas, cuando miran una lámpara de lava, pueden volver los ojos hacia dentro. Dirás que no te importa sino que te parece bien. Por algo has incorporado seminarios y jornadas y espacios para la meditación. Mateo y Olga piensan que, en los cursos de meditación, como de otra forma en los sillones con aspecto de cabañas en miniatura, está tu voluntad de interferir, de reapropiarte y conducir hacia tus fines el momento del intervalo, la distancia entre el pensamiento y la acción (Gopegui 2019a, 78-79).

Lo expuesto anteriormente es sinécdoque de una tendencia que se inserta, en las últimas décadas, en el contexto más general de un desarrollo acelerado de la tecnología que ha ido acompañado de cierto triunfalismo –en ocasiones más o menos justificado– respecto a la idea de inclusión, sustentada por el concepto de «red» que, no solo ha encontrado una aplicación eficaz en la realidad (virtual) de Internet, sino en la puesta a punto de modelos para radiografiar y proyectar –término que cabría emplear en todas sus acepciones– nuestra sociedad (Castells 2000; Bauman 2010, 3). A pesar de los innegables beneficios derivados de semejante evolución, no hay que olvidar que –como en el caso de los que aspiran a ser contratados por Google– son muchas las personas excluidas de la Red⁴⁶, revés de la medalla que Gopegui (2019a, 29) no pasa por alto: «Mateo, el anodino, no destacaba apenas en su clase ni en su curso, pero ahora, además, debe destacar entre los cinco millones de habitantes, se estima que los otros dos millones no se conectan todavía, aunque el número esté bajando». La cita, además, revela de nuevo la competición encarnizada que se desata entre los conectados por brillar en un espacio saturado de propuestas y talentos, evidenciando una exacerbación del individualismo que mina las relaciones de solidaridad y nos convierte en inocuas mónadas aisladas⁴⁷:

Qué poco se piensa en cambio en los pronombres de la segunda y tercera persona, el tú, el ti o lo que el él y el ella han sido para otros. En esos pronombres los seres humanos se disgregan, van dejando copias [...]. ¿Crees, Google, que a los

⁴⁶ «As late as 2009, only ten countries had high-speed Internet acces that reached at least 80 percent of their population and those ten countries account for less tan 2 percent of the world's population.» (Vaidhyathan 2011, 138).

⁴⁷ Remedios Zafra (2017, 49) fotografía muy bien esta contradicción: «Solos y conectados, me parece que lo que caracteriza a los entusiastas no es solo el individualismo inducido por la competencia feroz y la conformación de nuestras vidas frente a las pantallas, sino la aceleración del péndulo que estimula a pasar más rápidamente de la presión ante la expectativa a la resignación que desmoviliza». También Vaidhyathan (2011, 145) remarca dicha atomización: «Rather than act as a membrane that connects everyone with everyone and everyone with every piece of knowledge, equally, the Internet allows for punctuated connections».

seres humanos debería aliviarles imaginarse como enjambres de pequeños agentes más que como identidades bien atadas? (Gopegui 2019a, 144)

La imagen de los «enjambres» remite a las teorías de Byung-Chul Han que, si bien elaboradas desde una óptica no exenta a veces de matices reaccionarios, desvelan la distinción fundamental entre esas aglomeraciones –volátiles, volubles, carentes de espiritualidad e incapaces de formar un conjunto que se reconozca en el pronombre «nosotros»– y unas masas organizadas que de verdad pueden desafiar al poder (Han 2015, 22-25). A las primeras pertenecería el internauta que firma peticiones o se une a grupos en línea; las segundas, en cambio, estarían compuestas por unos participantes que manifiestan en las calles y se comprometen activamente con la vida colectiva⁴⁸. Para más señas, las burbujas individuales fomentadas por Internet⁴⁹ –y Google (Vaidhyanathan 2011, 84)– constituyen un medio de control incluso más refinado que el panóptico foucaultiano, ya que el vigilado tiene la ilusión de poder compartir espacio con los demás y, frecuentemente, ni se entera de su condición de preso (Vaidhyanathan 2011, 112; Han 2015, 89)⁵⁰. Se trata de una sensación evocada por Olga, si bien en un contexto de debate más general, durante uno de sus frecuentes diálogos con Mateo: «Parece, entonces, que creer en una libertad que no tenemos no nos hace más libres. Saber que no la tenemos nos permitiría cambiar las relaciones, distribuir los esfuerzos de un modo más justo» (Gopegui 2019a, 142).

La imposibilidad de actuar libre y conscientemente se debe también a la influencia que agentes como Google ejercen en nuestras existencias, filtrando las miradas (Vaidhyanathan 2011, 7) y llegando a condicionar nuestros comportamientos (14)⁵¹ con elaboraciones de datos que sirven para prever escenarios y conductas futuras⁵² o, quizás, para determinarlos de antemano, puesto que para que una profecía se cumpla es necesario que alguien crea en ella:

⁴⁸ Han (2015, 27) resume esas tipologías de individuos a través de las palabras latinas *solus* y *socius*.

⁴⁹ «Keeping everyone cloistered in their signifying bubble. The power play of cybernetic power is to give everyone the impression that they have acces to the whole world when they are actually more and more separated, that they have more and more “friends” when they are more and more autistic» (Lovink 2019, 6).

⁵⁰ De esta manera, además, se realizaría el sueño de Bentham de una red de dispositivos omnipresentes y siempre activos que atraviesan la sociedad sin solución de continuidad (Foucault 2014, 227-228).

⁵¹ «¿Qué pasará el día en que Google, o cualquier otra compañía, no solo procese búsquedas y mensajes sino también genomas y recuerdos? Lo sé, siempre habrá perturbaciones, cambios de trayectoria que dificulten la predictibilidad. Sé que siempre habrá ruido, excepciones. Nunca llegaremos a saber dónde estarás dentro de cinco años, pero la mera idea de que el margen de error pueda acertarse cambiará la forma de pensar en nosotros mismos» (Gopegui 2019a, 98).

⁵² Han (2015, 95-96) enfatiza el cambio que ha habido entre los anteriores modelos basados en hipótesis –más aleatorios– y los actuales, formulados a partir de unos datos en los

Pero fíjate en lo que significa no ya que las ideas muevan los cuerpos, sino que las ideas falsas, las estimaciones erróneas, también los muevan. Y terminen convenciendo al descuidado profeta de que estaba en lo cierto. Proyecta ahora este mecanismo sobre las ganas de vender y controlar de determinadas organizaciones. Empresas que a partir de unos datos meramente indicativos generan las condiciones para que se produzca la venta deseada. Así están funcionando algunas cosas, lo sabes bien. Tu negocio no está aquí y ahora sino en la línea del tiempo (Gopegui 2019a, 117-118).

Es lo que acontece con el *data mining*, un proceso que visibiliza formas de actuar masivas —a menudo no percibidas por el sujeto— a través de las cuales sería posible tener acceso al inconsciente colectivo (Han 2015, 97). Sin embargo, dicha predictibilidad masiva oculta en sí la imprevisibilidad del individuo anónimo: «Sabes que es más sencillo predecir el comportamiento de un gas que el de una sola de sus moléculas, más el de un grupo humano que el de una persona cualquiera» (Gopegui 2019a, 119)⁵³. Toda esperanza, pues, reside en la toma de conciencia de unos ciudadanos que rechacen esa planificación de la sociedad⁵⁴, que desbarajusten cualquier previsión y se conviertan en el error que desestabiliza el sistema. De allí que Belén Gopegui, a través de sus dos protagonistas y de Google, vuelva una y otra vez sobre las diferencias y las afinidades entre robots y seres humanos (Becerra Mayor 2018, 51) porque uno de los posibles riesgos de esta tendencia es el que señala Auletta (2010, 328), citando a Nicholas Carr: «The most revolutionary consequence of the expansion of the Internet's power, scope and usefulness may not be that computer will start to think like us, but that we will come to think like computers». La rebelión es, entonces, la actitud que distingue a las personas de las máquinas, el núcleo verdadero de nuestra esencia (Lovink 2019, 80) que no acepta predeterminación alguna:

Si los robots pudieran considerar todas las entradas, todas las variables, todas las decisiones alternativas, si pudieran vaticinar, ¿querrían seguir viviendo? Las personas a menudo se rebelan contra la idea de ser máquinas biológicas no porque

que la correlación sustituye la causalidad. Algo remachado, si bien desde una postura mucho más optimista, también por Mayer-Schönberger y Cukier (2014, 191): «Because correlations can be found faster and cheaper than causation, they're often preferable. We will still need causal studies and controlled experiments with carefully curated data in certain cases [...]. But for many everyday needs, knowing *what* not *why* is good enough. And big-data correlations can point the way toward promising areas in which to explore causal relationships».

⁵³ En efecto, en el mundo de los *big data*, para que las predicciones elaboradas por las máquinas tengan una alta probabilidad de llegar a cumplirse necesitan procesar un número muy grande de datos o tomar como referencia a grupos humanos cuantiosos (Mayer-Schönberger y Cukier 2014, 26-31), mientras que el individuo aislado supone una incógnita imposible de despejar.

⁵⁴ Este es uno de los temas fundamentales de *Quédate este día y esta noche conmigo*, como subraya la misma autora: «la novela también trata de por qué hemos dejado que sean las empresas las que deciden lo que es mejor para la sociedad» (Martínez 2017).

les pese la naturaleza, el sol primaveral, las hojas perfumadas de los árboles: se rebelan contra la idea de programación (Gopegui 2019a, 120-121).

No somos autómatas porque nos equivocamos y la imperfección es el misterio que late en la belleza de nuestras existencias inexplicables⁵⁵: «Puede suceder que, más que libres, los seres humanos sean simplemente probables, volátiles, carentes de una explicación» (Gopegui 2019a, 177). Por lo tanto, nuestros comportamientos se sustraen a las pautas regladas por cualquier algoritmo aún y cuando utilice numerosos datos acumulados a lo largo de un amplio período. Siempre hay un impulso irracional, dictado por la desesperación, por un arrojito que no tiene en cuenta el beneficio personal o por una luz que se enciende de golpe y nos empuja a hacer añicos las costumbres y las imposiciones, en contra de todo principio científico⁵⁶ que alimenta la mentalidad de Google y de otras compañías tecnológicas⁵⁷:

Si el clinamen, el viraje, la desviación que quiebra los pactos del destino existiera no estaría en los átomos sino en esas personas. Ellas son el error en el código, la innovación que aún no comprendes, lo que a veces os impide, a ti y a personas jurídicas como tú, arrasar aún más los países para apropiarte de energía y recursos que no te pertenecen (Gopegui 2019a, 165).

Lo único que hace falta es que estos sujetos insumisos entren en contacto entre ellos⁵⁸, pero no a través de la indignación pasajera y virtual de Internet,

⁵⁵ «Parece probable que los seres humanos sean robots. Su mirada es a veces dulce, sus gestos no suelen ser perfectos ni completamente simétricos y eso les confiere un encanto particular. Su sentido de la justicia ha sido construido muy despacio, con trazo grueso y errores constantes, pero resiste. Su amor de robots es tan imperfecto, tan desorganizado, tan excesivo y, sin embargo, puede conmovir. Y a veces, dirán Mateo y Olga sin razón aparente, surge una capacidad de sobreponerse, que es distinta de sobrevivir, que tal vez se parezca a empezar a vivir» (Gopegui 2019a, 172).

⁵⁶ Gopegui respeta muchísimo el saber científico y lo considera necesario, pero no suficiente por sí solo: «Puede que la realidad que estudia la ciencia sea la única que hay, pero también es horrible e insuficiente» (Gopegui 2019a, 137). Concepto repetido por ella en algunas entrevistas: «Creo que escribir es interesarse por cómo funciona el mundo y para eso necesitamos el saber científico. Pero también hay respuestas que a un científico solo puede darle la filosofía» (Hevia 2017).

⁵⁷ «Te revuelves, Google, dices: Hemos descartado esto, el globo de gas, los petardos, el atentado en tus oficinas. Mateo y Olga eran una mota de polvo contra un río. Claro que siempre les quedaba el ridículo. Esa extraña fijación con que personas no del todo desequilibradas emprenden actos que ponen en peligro su reputación sin motivo suficiente. Algo así te incomoda. Tú serías capaz de arriesgar una punta de tu imagen ya consolidada, pero sólo si se tratase de un riesgo productivo. Si la dimensión de lo que puedes ganar sobrepasa aquello que puedes perder. [...] Hay sin embargo seres humanos que usan otra lógica, una que aún no sabes cómo formular y sobre la que te preguntas si es realmente una lógica» (Gopegui 2019a, 155).

⁵⁸ La idea de colectividad en Gopegui (2019b, 63) es fundamental: «De la dignidad supimos que no es nunca individual; la dignidad del hombre más solo de la tierra es colec-

que a menudo se queda en agua de borrajas (Han 2015, 18), sino involucrándose en una relación concreta y profunda con el «otro», algo cada vez más arduo de conseguir justamente por culpa de unos medios digitales que nos alejan y apartan de los demás (39), difundiendo una felicidad artificial que menoscaba el dolor ajeno y la posibilidad de compartir experiencias negativas que estimulen la empatía (70).

En esta tarea de reconfiguración de una red de solidaridad desempeñan un papel fundamental algunos lugares físicos como, por ejemplo, los hospitales porque, en contra de las imágenes asépticas de las pantallas, nos recuerdan «“de pronto” que somos de carne» (Zafra 2017, 208) y esa fragilidad corporal nos acomuna a todos. Quizás habría que leer en este sentido el Alzheimer precoz que socava la memoria del padre de Mateo (Gopegui 2019a, 84) y la enfermedad terminal que desgasta la vitalidad de Olga (152, 160), puesto que, más allá de la rabia o de la angustia, lo que acerca al joven y a la mujer que protagonizan la novela de Gopegui es la necesidad de encontrar a alguien con quien compartir los miedos y las ansiedades frente a un futuro incierto o una muerte inminente (24). Otro ambiente que se contrapone con su materialidad al diseño impoluto y cautivador de las imágenes en línea es el bar al que Mateo y Olga bajan para comer y conversar, un establecimiento desangelado, pero distinto de la uniformidad pasteurizada de las franquicias (59-60, 131), donde los parroquianos se reúnen en busca de presencias familiares y voces amigas⁵⁹, una elección sentimental que es también una reivindicación política (Delgado López 2020, 56-57) porque no hay que olvidar que «(social) practices produce (social) space» (Hayles 2012, 14). Finalmente, un espacio muy simbólico, por su supuesta afinidad con la Red y con Google⁶⁰, es el en que se conocen los protagonistas, o sea la biblioteca, recinto verdaderamente democrático e inclusivo⁶¹, en el que se guarda la sabiduría almacenada por la humanidad a lo largo de su

tiva; la dignidad de aquel que dice “no” y nadie le oye, y su “no” jamás será contado, es colectiva, existe porque ese “no” es con otros, para otros que en él se apoyan».

⁵⁹ No por nada es precisamente en ese bar donde Gopegui (2019a, 74) describe un gesto banal, pero cargado de simbolismo: «Mateo sujeta con una mano el servilletero para que no se desplace mientras Olga extrae la servilleta. Y Olga piensa que en este gesto se condensa el mundo. En cómo algunas personas se adelantan para sujetar el servilletero sin que se lo hayan pedido».

⁶⁰ Las afinidades entre una biblioteca y Google se verían justificadas por el revolucionario intento de Brin y Page de escanear un número colosal de libros para almacenarlos en sus servidores (Vaidhyathan 2011, 155). Sin embargo, como apunta David Becerra Mayor (2018, 50) la impresión de una extensión inmensa no es la misma: «A diferencia de Google, una biblioteca se parece más a la vida, porque tiene límites. Tener conciencia de los límites es una invitación a modificarlos y transpasarlos».

⁶¹ Vaidhyathan (2011, 206), a este propósito, recuerda muy oportunamente que «[public] libraries are increasingly the places where poor people seek knowledge and opportunity».

historia y que, a pesar de la inmaterialidad de la cultura –compensada por la dimensión objetual del libro–, les permite a dos cuerpos, incluso muy diferentes, observarse, tocarse y hablar⁶²:

Te habrás preguntado alguna vez por qué sigue habiendo bibliotecas si existes tú. Algunos estudiantes no tienen todavía un cuarto, una mesa y conexión. Muchas personas entran para tomar y devolver libros prestados. ¿Qué buscan las demás en una biblioteca que no necesitan? Simultaneidad. Un murmullo de folios, teclados, pulmones y bolígrafos. Oír los pasos sobre la hierba de las mentes que leen, ver los haces de luz. Asistir desde su puesto a mudas tormentas ya no tan individuales. [...] Desde hace tres años Mateo va a una biblioteca. Es allí donde conoce a Olga (Gopegui 2019a, 28).

3. ¿QUÉ HACER?

La mayoría de quienes han descrito y analizado la trayectoria de Google –o de otras plataformas parecidas– se han preguntado qué hacer para contrarrestar su (casi) omnipotencia y su omnipresencia, intentando proponer alternativas viables para conciliar el afán tecnológico que marca nuestra época y un pensamiento humanista en horas bajas⁶³. Gopegui no es una excepción y, fiel a su cometido moral y político, no solo plantea unos interrogantes, sino que, a través de Olga y Mateo tantea formas concretas y practicables de resistencia tanto respecto a la compañía de Brin y Page como al ya mencionado «sentido común» (Becerra Mayor 2018, 49). La elección de dos figuras corrientes⁶⁴, pero bien perfiladas en sus luchas por una existencia digna es consecuencia de una

⁶² Este último es un aspecto fundamental, ya que, como pone de relieve Lovink (2019, 36): «One of the unintended consequences of social media usage is the growing reluctance to have direct verbal exchanges».

⁶³ Normalmente se trata de preguntas y respuestas que tienen una vertiente ligada a la tecnología y otra al ser humano, como por ejemplo en Cassin (2018, 6) –«1. [...] a strategic reactive response [...]: Europe needs a search engine that does not depend on a search engine from elsewhere [...]. 2. an inventive-active response: We have to do something different altogether, taking as our starting point what Google aims to do but does not have, or is not (at least not yet), and what we want, but that Google cannot give us, in other words, something other than Google [...]»–, en Vaidhyanathan (2011, 201) –«Given the Googlization of everything that I've exposed [...], one of the principal issue we need to consider is the role that Google plays in promoting or preventing the development of a vital global network that increases access to knowledge»– o en Lovink (2019, 148) –«The question that keeps returning is how the social can take command in the age of social media?»–.

⁶⁴ «Querrás ahora saber quiénes son Olga y Mateo, a qué se dedican. Se llevan cuarenta años. Son dos seres anodinos, diferentes e iguales. Han buscado la palabra “anodino” para averiguar que, en su origen, significaba sin dolor. Sólo más tarde pasó a significar insustancial, carente de interés o de importancia. ¿Qué clase de civilización termina identificando lo que quita el dolor, lo mitiga, lo aplaza, con lo carente de importancia?» (Gopegui 2019a, 24).

visión muy clara de cómo funcionan los mecanismos literarios respecto a los científicos: «Mientras la ciencia persigue la aplicación particular de una ley general, la literatura busca, por el contrario, la comprensión general de una experiencia particular» (Gopegui 2019a, 28). He ahí, entonces, que la mujer y el joven que protagonizan *Quédate este día y esta noche conmigo* –también por su diferencia de edad que los lleva a una confrontación dialéctica constante (Martínez 2017)– se convierten en un símbolo de aquellas miríadas silenciosas que las grandes empresas del Silicon Valley hipnotizan, explotan y marginalizan. Precisamente para alterar dicha subordinación⁶⁵ Olga le propone a Mateo que escriban juntos una solicitud a Google, pero desmarcándose de las pautas impuestas e invirtiendo las relaciones de fuerza⁶⁶:

Lo que estamos haciendo es un modelo. Si aceptas ofrecer justo lo que Google necesita, tendrás que competir, dejarás que él te marque el camino. Y no aprenderemos nada. [...] Estamos rompiendo el contrato, desautorizando su autoridad para escoger los términos de ese contrato. Yo creo que eso te servirá... Lo demás sería repetición (Gopegui 2019a, 100).

En esta peculiar carta, dirigida al becario o a la becaria que se encarga de procesar semejantes documentos, se narra una historia⁶⁷ en la que se rechaza la lógica capitalista del mérito⁶⁸ y –mediante las vivencias de Olga y Mateo– se ensalzan aquellas vidas humildes que demasiado a menudo pasan desapercibidas y que nunca serán tomadas en consideración por una sociedad basada en la visibilidad y el éxito: «Aunque Mateo y Olga prefieran no identificarse, [...] no te preocupan. Su poder adquisitivo es escaso, tampoco representan un peligro [...]. Son un número, un dato entre los millones de datos que archivas por inercia cada segundo. No te importan» (19). Sin embargo, es gracias a individuos como ellos –con su anonimato que les permite moverse fuera de las conductas fijadas por los algoritmos para ir al encuentro del otro y reconocer

⁶⁵ Acertadamente Becerra Mayor (2018, 51) apunta: «Pero ¿Cómo podemos romper con la ideología que habita en nuestro inconsciente? Esta es la pregunta crítica y radical que se formula en *Quédate este día...*».

⁶⁶ Precisamente esta había sido la idea inicial de Gopegui: «Pensé que sería una buena forma utilizar los documentos, pero transgredirlos desde dentro, no cumplir los requisitos, sino intentar imponer otros a una empresa como Google» (Martínez 2017). Es una estrategia parecida a la del matemático Perelman, citado en la novela, quien había probado la conjetura de Poincaré y había colgado su trabajo en la página de libre acceso arXiv.org, rebelándose a la costumbre académica de publicar en revistas científicas (Gopegui 2019a, 113-114).

⁶⁷ «Olga y Mateo han planteado su solicitud como una historia. Cuentan cómo llegaron al momento en que deciden escribirla y lo que hacen después. Han escogido el código, [...] de la tercera persona. Hablar de él y de ella como si fueran otros» (Gopegui 2019a, 18).

⁶⁸ «Ahora que sabemos que el mérito no existe, que el esfuerzo para estar por encima es un sueño vacío, podemos empezar desde un lugar diferente» (Gopegui 2019a, 143).

su importancia⁶⁹— que en un entorno cada vez más dependiente de la tecnología y volcado en la superficialidad⁷⁰ es posible «resituarse (o imaginar) nuevos vínculos de confianza [...] imprescindibles para la vida creativa y para la vida social» (Zafra 2017, 232). Se trataría de unas relaciones profundas, empáticas y desinteresadas, que unen a través de lazos no efímeros y que se contraponen a la visión ingenieril de Google:

Todavía no puedes analizarlo, Google. Careces de un modelo matemático inverso que sepa conducirte a esas zonas donde la sociedad humana produjo cambios de estado, comunidades no tan injustas, humor, familias no tan injustas, compasión, leyes no tan injustas, alegría, física y matemáticas, formas de la verdad. Algunas cosas sabes. Por ejemplo, que casi nada fue obra de seres humanos solitarios (Gopegui 2019a, 170).

Aquí cabe destacar, nuevamente, la dimensión plural de la rebelión auspiciada por Gopegui, alejada de quienes actúan en solitario⁷¹. Tanto es así que Olga y Mateo llegan a autodefinirse como «este colectivo de dos que somos» (Gopegui 2019a, 150) y es siempre la conciencia de nuestra afinidad respecto a los demás la que nos diferencia de los robots:

Dos cosas, escribió alguien, nos constan a los seres humanos desde dentro: que somos todos distintos y que somos todos iguales. [...] Cuando el yo olvida la segunda parte, que suele ser a menudo, se robotiza. Cuando el robot es consciente de ambas, deja de ser ese mecanismo obcecado (44).

Quizás hay que leer en este sentido la exhortación de Remedios Zafra (2017, 236) hacia un diálogo más enjundioso entre personas diferentes que se distinga de la banalidad de la Red y desemboque en unos nuevos pactos éticos fundamentados más en la afinidad que en la identidad, puesto que esta última puede ser un pretexto para reafirmarnos en nuestro propio yo, hacia un ombliguismo que provoca cerrazón y enfrentamientos (Lovink 2019, 82)⁷². Es lo que hacen los protagonistas de Gopegui, quienes, a pesar de pertenecer a generaciones muy dispares, no solo consiguen debatir largo y tendido sobre temas que

⁶⁹ «Mateo y Olga, por cierto, no parecen considerar que entre el yo y el tú, o el ustedes, haya una separación nítida. Ni entre el cuerpo y lo que alcanza la vista. Ni entre el motivo y el efecto» (Gopegui 2019a, 18).

⁷⁰ Lovink (2019, 29) da en el clavo al resaltar que en las redes sociales «We share judgements and opinions, but no thoughts».

⁷¹ No por nada, al final de la novela, Mateo desmonta la bomba casera que había armado en el trastero y que pensaba hacer estallar en el Registro de Propiedad. Hubiera sido tan solo el gesto desesperado de un solitario que no sabía cómo defenderse del sufrimiento, de la rabia y la marginación y que hubiera podido poner en peligro vidas ajenas sin llevar a ningún cambio sustancial (Gopegui 2019a, 183).

⁷² Con una sorna a duras penas reprimida Gopegui (2019a, 38) nos recuerda que «Nadie puede verse. Aunque un ser humano se haga selfies no se ve si no le miran».

les apasionan y preocupan, sino que se ayudan mutuamente a la hora de enfrentarse al dolor y al miedo, ofreciendo su amistad a otros seres que a primera vista podrían parecer insignificantes, pero que no lo son, como Roberta⁷³, la cocinera del bar en cuyas mesas se reúnen de tanto en tanto, o Abril, la chica de quien Mateo se enamora y que trabaja en un cubículo vendiendo pizza y perritos calientes (Gopegui 2019a, 55-56). Se muestran solidarios con los que les rodean, van a contracorriente respecto al individualismo capitalista que no comparte nada, que se centra en lo que engendra ganancias e ignora a propósito lo que de verdad daría un vuelco hacia una sociedad más justa⁷⁴. Retomando unos versos de Antonio Machado (2021, 249-250), cada uno de ellos podría afirmar «contra la flecha que el tahúr tiraba / al cielo, creo en la palabra buena» porque en su recorrido por el afecto, la desesperación, la frustración y la incertidumbre el elemento «real» capaz de restañar las heridas y unir a las miríadas silenciosas es la bondad:

La bondad no es el mérito, no pertenece, sólo se ejerce, no se invierte ni se tiene en propiedad. Así de forma gradual, pero también continua, como las cosas que se sostienen sin desaparecer, una nota que dura, una mirada, la luz en la ventana del que espera, así, acaso lentamente Olga y Mateo dan en inferir que la bondad es el sistema más complejo, impropio, inderogable y explosivo de todos cuantos esta civilización conocerá (Gopegui 2019a, 174)⁷⁵.

⁷³ «Mateo deja de mirar a la calle para mirar a Roberta. Fuma ahí, a su lado, se sobrepone a tragedias cotidianas que le ha descrito no sin distancia y a otras desconocidas para él. [...] Es su honorable manera de no depositar sobre las espaldas de nadie el peso de existir y podrías llamarla mérito. [...] Olga y Mateo admiran a Roberta y piensan que tú, Google, nunca le llegarás a la suela del zapato porque ella sabe que ser vulnerable, dependiente, no significa tener que extraer el aliento de nadie para vivir mejor. [...] Roberta podría ser un modelo, no por su mérito personal sino por lo que hace y omite. Pero en Roberta clama también, no lo olvides, todo lo que tú y otros como tú y vuestras omisiones le impiden hacer» (Gopegui 2019a, 183).

⁷⁴ Las críticas a Google y a un exceso tecnológico fundamentado en la frivolidad son palmarias: «Mateo y Olga sí lo plantean en esos términos: podría haberte preocupado, por ejemplo, Google, la manera de compartir con las personas tu poder. [...] Si hubieras hecho eso a lo mejor muchas personas ahora tendrían más bienestar, según su propia idea de bienestar y no según la que les venga impuesta, más energía, más inteligencia y menos angustia económica» (Gopegui 2019a, 23); «Esto es lo que no entiendo, Olga. Es por lo que odio a Google. No quiero chispas en mi cafetera ni webs que registren mi nivel de estrés, quiero que funcionen unas pocas cosas importantes» (86).

⁷⁵ Llamam la atención las alusiones explícitas a la bondad entre algunos escritores españoles contemporáneos como, por ejemplo, en Ricardo Menéndez Salmón, quien en *No entres dócilmente en esa noche quieta* (2020, 144) revela: «Y por eso he escrito así mismo que los últimos años de la vida de mi padre me enseñaron a comprender la importancia capital de la bondad. La bondad es más provechosa que la verdad. Un hombre que hace el bien es más necesario que uno que persigue la verdad».

La función de Olga y Mateo va más allá de la mera representación puntual de esas masas ninguneadas por el Sistema y su humilde ejemplaridad. Según una convicción muy enraizada en la autora, tendrían que devenir en un modelo a seguir para los lectores: «Esa nube de impresiones cuenta, y en los momentos más inesperados nos viene el eco de un comportamiento de un personaje, y modifica nuestra forma de actuar» (Bonvalot 2012, 36-37). Es una reacción que en el texto de Gopegui se ve potenciada por la presencia de un narratario, a quien la voz narradora se dirige empleando una segunda persona singular que, aprovechando su ambigüedad, parece apelar también a quien lee⁷⁶ para involucrarlo en la historia y «punzarlo» porque «Leer [...] es un modo de ser que conduce a la responsabilidad» (Gopegui 2019b, 235). En efecto, la solicitud enviada por los protagonistas «inquieta» a la persona encargada de procesarla, espoleándola a tomar una posición: «Mi anhelada imparcialidad se ha visto comprometida, puesto que Mateo y Olga no sólo hablan con Google y opinan, lo interpelan, lo provocan, sino que, además, en algunas ocasiones se dirigen de forma expresa al seleccionador o seleccionadora, en este caso, yo» (Gopegui 2019a, 15)⁷⁷. Al final de la novela esta máscara ficcional que parecen compartir narratario y lector se resquebraja, dejando a la vista el mensaje ético de solidaridad y resistencia que sustenta el libro⁷⁸. Hay una incitación explícita a la acción que busca la complicidad de los que, página tras página, han llegado hasta ahí:

No será fácil, amiga o amigo, moverse en dirección contraria al engranaje, luchando sin gritar o construyendo modelos distintos. [...] Deja, no obstante, que Mateo y Olga te abracen, quien quiera que seas, deja que piensen que en este día en que os cruzáis en el tiempo, desprendidos del yo por un instante, son tu libertad y la suya las que os unen como a robots que saben por qué viven (184).

⁷⁶ Algo parecido acontecía en *El comité de la noche* (2014), en cuya primera parte la narradora emplea tanto el «vosotros» como el «tú» (Gopegui 2018b, 11-60) y en la segunda (63-257), en que Carla habla con un escritor que, a cambio de dinero, relata la vida de sus clientes. El papel de ese biógrafo por encargo es absolutamente equiparable al del becario o de la becaria de *Quédate este día y esta noche conmigo*, porque las palabras de Carla son latigazos destinados a cuartear no solo la conciencia de su interlocutor sino también la de los lectores.

⁷⁷ Una admonición paradigmática en ese sentido es la siguiente: «Pero recuerda tú, becaria o becario o amigo andrógino: los datos no siempre son información, y la información a veces no contiene el valor que le da cada sujeto. No es tan fácil descubrir la relación entre las variables, lo que Google pretenda averiguar puede que sea distinto de lo que las personas o los robots habrían querido contarle, y volarán los puentes y habrá lugares adonde no acceda nunca» (Gopegui 2019a, 133-134).

⁷⁸ Se persigue aquí uno de los objetivos fundamentales de la narrativa de Gopegui y de su lucha: «la derrota hay que contarla sin complacerse en ella y una forma de hacerlo es no hablar solo de la derrota, sino también [de] la resistencia que hay en ella» (Martínez 2017).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Auletta, Ken. 2010. *Googled. The End of the World as We Know it*. New York: Penguin.
- Baricco, Alessandro. 2018. *The Game*. Torino: Einaudi.
- Bauman, Zygmunt. 2010. *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*. Cambridge: Polity Press.
- Becerra Mayor, David. 2015. «Introducción». En *Convocando al fantasma. Novela crítica en la España actual*, coord. David Becerra Mayor, 7-24. Ciemponzuelo: Tierradenadie.
- Becerra Mayor, David. 2018. «Hacia una redefinición de los límites de lo posible: *Quédate este día y esta noche conmigo*». *Ínsula* 857: 49-52.
- Bonvalot, Anne-Laure. 2012. «Un diálogo sobre el poder. Entrevista con Belén Gopegui», *Minerva*, 12: 34-37.
- Cassin, Barbara. 2018. *Google-me. One-Click Democracy*. New York: Fordham University Press.
- Castells, Manuel. 2000. *La era de la Información: economía, sociedad y cultura. I. La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Charles, Sébastien. 2006. «El individualismo paradójico. Introducción al pensamiento de Gilles Lipovetsky». En *Los tiempos hipermodernos*, Gilles Lipovetsky y Sébastien Charles, 13-49. Barcelona: Anagrama.
- Ciplijauskaitė, Birutė. 2005. «Belén Gopegui entre la búsqueda y la denuncia de la realidad». En *La pluralidad narrativa. Escritores españoles contemporáneos (1984-2004)*, ed. Ángeles Encinar y Kathleen M. Glenn, 119-131. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Delgado López, David. 2020. «La trascendencia del bar: espacios y rituales en *Quédate este día y esta noche conmigo* de Belén Gopegui». *Hispanófila* 190: 53-63.
- Ferrari Nieto, Enrique. 2012. «Inercias y reflejos con Internet: Marías y Gopegui como casos complementarios». *Cartaphilus* 10: 61-66.
- Foucault, Michel. 2014. *Sorvegliare e punire. La nascita della prigione*. Torino: Einaudi.
- Gefen, Alexandre. 2021. *L'Idée de littérature. De l'art pour l'art aux écritures d'intervention*. Paris: Corti.
- Gopegui, Belén. 2018a. *Acceso no autorizado*. Barcelona: Penguin Random House Debolsillo.
- Gopegui, Belén. 2018b. *El comité de la noche*. Barcelona: Penguin Random House Debolsillo.
- Gopegui, Belén. 2019a. *Quédate este día y esta noche conmigo*. Barcelona: Penguin Random House Debolsillo.
- Gopegui, Belén. 2019b. *Rompiendo algo. Escritos sobre literatura y política*. Barcelona: Penguin Random House Debolsillo.
- Gopegui, Belén. 2021. «¿Novela y?». *Orillas* 10: 1-3.
- Han, Byung-Chul. 2015. *Nello sciame. Visioni del digitale*. Milano: nottetempo.
- Hayles, N. Katherine. 2012. *How We Think. Digital Media and Contemporary Technogenesis*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hevia, Elena. 2017. «Belén Gopegui: “Escribir es interesarse por cómo funciona el mundo”». *El Periódico* 23 de octubre de 2017. <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20171023/entrevista-belen-gopegui-quedate-este-dia-y-esta-noche-conmigo-6368367>
- Lovink, Geert. 2019. *Sad by Design. On Platform Nihilism*. Londres: Pluto Press.
- Machado, Antonio. 2021. *Poesías completas*. Barcelona: Espasa.
- Martínez, Javier. 2017. «Belén Gopegui: “Las redes sociales son plataformas de rentabilidad”». *El Mundo*. 22 de septiembre de 2017. <https://www.elmundo.es/cultura/literatura/2017/09/22/59c3ffd322601d8f118b45d0.html>
- Mayer-Schönberger, Viktor y Kenneth Cukier. 2014. *Big Data*. New York: Mariner Books.
- Menéndez Salmón, Ricardo. 2020. *No entres dócilmente en esa noche quieta*. Barcelona: Seix Barral.

- Mora, Vicente Luis. 2011. «4 poéticas de la visibilidad». *Diario de lecturas*. <http://vicenteluis Mora.blogspot.com/2011/11/4-poeticas-de-la-visibilidad.html>
- Pardo, Carlos. 2017. «Google y el realismo». *Babelia* 26 de septiembre de 2017. https://elpais.com/cultura/2017/09/21/babelia/1505995643_170223.html
- Rabanal, Hayley. 2011. *Belén Gopegui. The Pursuit of Solidarity in Post-Transition Spain*. Woodbridge: Tamesis.
- Rancière, Jacques. 2011. *The Politics of Literature*. Cambridge: Polity.
- Reyes Martín, Raquel. 2018. «Una historia de violencia: Marta Sanz, Belén Gopegui y la escritura de la resistencia». *Tonos digital* 34: 1-22. <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/view/1889/978>
- Sadin, Éric. 2017. *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sanz, Marta. 2014. *No tan incendiario*. Cáceres: Periférica.
- Shirky, Clay. 2010. *Cognitive Surplus. How Technology Makes Consumers into Collaborators*. New York: Penguin.
- Siti, Walter. 2018. *Pagare o non pagare. L'evaporazione del denaro*. Milano: nottetempo.
- Vaidhyanathan, Siva. 2011. *The Googlization of Everything. And Why We Should Worry*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- Valle Detry, Mélanie. 2015. «Belén Gopegui o contar lo que viéndose no se mira». En *Convocando al fantasma. Novela crítica en la España actual*, ed. David Becerra Mayor, 57-106. Ciemponzuelos: tierrasdenadie ediciones.
- Zafra, Remedios. 2017. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama.

Fecha de recepción: 20 de enero de 2022.

Fecha de aceptación: 10 de febrero de 2022.